CAPÍTULO XIX.

El fundador de la dinastía Bonaparte y sus principios.

(*Continuacion.*)

El Consulado de Napoleon fué glorioso, asi bajo el punto de vista militar como político, pero Bonaparte y sus amigos temian por la suerte de Francia cuando él hubiera muerto, y hasta la misma Josefina, segura de que iba á seguirse la anarquía mas espantosa, llegó á desear la vuelta de los Borbones. Poco despues de haber sido nombrado Cónsul, se le oyó decir una vez á Napoleon: «Si no vivo aun treinta años para terminar la obra comenzada, cuando yo muera tendreis largas guerras civiles, pues mis hermanos no sirven para Francia.» Estas palabras fueron notables, mas al pronunciarlas, no pudo preveer que el hijo de un hermano suyo, precisamente el que menos convenia con él en opiniones, empuñaria mas tarde el cetro imperial que él ansiaba tanto.

Cuando Napoleon era primer Cónsul, trabó íntima amistad con el Emperador de Rusia, Pablo I, sin duda porque ambos deseaban humillar á Inglaterra, á juzgar por la correspondencia que entonces

medió entre ellos. El Czar aseguraba que tenia aversion á dicha potencia porque era egoista y violaba los tratados, pero en realidad, odiábala solo por su constitucionalismo. «Comprendo, decia Pablo I, un gobierno real ó imperial como el mio, ó bien democrático, como el de los Estados Unidos, pero no me esplico la teoría del que tiene por objeto aunar elementos tan contrarios como la aristocrácia y el pueblo.» Pedro el Grande no pensaba asi, y la prueba es que mientras por un lado meditaba una agresion contra los Estados continentales, contrajo por el otro una alianza con Inglaterra, por creerla necesaria para el bienestar de Rusia. Napoleon no se esplicaba tampoco el sistema de gobierno inglés; parecíale una monstruosidad que no podria propagarse, y por ningun concepto le era posible simpatizar con él, ni como político, ni como general del Directorio, ni como Cónsul ó Emperador. Los intereses de Francia y Rusia exijian una alianza, y esta no podia tener mas objeto que dominar en la Europa oriental y occidental; no deja de ser una coincidencia curiosa que los soberanos que gobernaban entonces dichas potencias, creyeran útil y conveniente coaligarse, como lo han hecho los que reinan en la actualidad.

El Cónsul buscó la gloria en las empresas militares de Italia, del mismo modo que lo habia hecho cuando era general.

Las diversas negociaciones entabladas para tratar de la paz, fueron inútiles; la guerra desoló de nuevo las llanuras y ciudades de Italia, y la batalla de Marengo dió á conocer una vez mas la rivalidad política de Francia y Austria.

El objeto del Cónsul en aquella nueva campaña no era precisamente defender el honor y seguridad de Francia, sino mejorar su posicion y acrecentar su poderio; comprendia que tan brillantes victorias en un campo de batalla lejano, alhagarian la vanidad de aquella nacion, y sin dudar nunca del buen éxito de sus empresas, confiaba ciegamente en su génio, y sobre todo en su *estrella*. Sus planes de campaña, cuando al atravesar el San Bernardo cayó sobre el ejército de Melas, cortó sus comunicaciones, y por sus marchas y combates, inutilizó todos los esfuerzos de Austria, fueron los de un hombre inspirado que parecia tener algo de profeta; ¿y quién dudará que los

proyectos de Napoleon III no son una continuacion de los de su tio? Napoleon I no obtuvo de Austria todo lo que esperaba, porque se interpuso Inglaterra, y bien pudiera suceder que esta potencia librase por segunda vez de una humillacion al Croata, poniendo un límite á los triunfos de las armas francesas.

El Primer Cónsul volvió de Italia á Paris, donde fué recibido por el pueblo con el mayor entusiasmo, sin contar que á su paso por los diversos pueblos y ciudades, se le hizo una ovacion de las mas brillantes. Sin embargo, los amigos de la libertad estaban inquietos, y no faltaron por otra parte fanáticos que atentaron contra la vida del héroe de Marengo, por creer que era el único obstáculo á la anarquía y la licencia. Esas tramas no terminaron con el Consulado sino que se fraguaron tambien durante el Imperio, y en esto nos presenta la historia otro paralelo entre los dos Napoleones. He aquí lo que dice Bourrienne sobre este punto: «El Primer Cónsul esperimentaba una aversion profunda hácia los Jacobinos, pero no se le hubiera podido vituperar por ello si no hubiese considerado como tales á todos los amigos de la libertad pública. La oposicion que le hacian le molestaba en estremo, y nunca pudo perdonarles que condenáran sus actos tiránicos, asi como tampoco que resistiesen *los ataques contra la independencia, que él habia jurado defender y que sin embargo combatia*. Estos fueron los verdaderos motivos de su conducta, y reconociendo sus propias faltas, miraba con enojo á los que se las criticaban; hé aqui porqué temia mas á los que él llamaba Jacobinos que á los realistas. Desterrar sin formacion de causa á los hombres de valor y virtuosos, que no habian cometido crímen alguno, pero que eran fieles á sus juramentos, fué uno de los medios empleados por el Primer Cónsul para llevar á cabo mas fácilmente sus proyectos ambiciosos, por manera que el perjurio y la injusticia, se pueden considerar como dos condiciones características de la dinastía. El decreto del Primer Cónsul, de 6 de Enero de 1801, confirmado por un *Senatus consultum*, y por el cual se desterraba á ciertas personas de quienes se queria tomar venganza, solo porque habian permanecido fieles á la constitucion jurada antes por Bonaparte, no fué la única injusticia de esta naturaleza, cometida para que continuára en el poder la dinastia napoleónica.

Entre los actos del Primer Cónsul, que más influencia ejercieron, asi en su época como en la nuestra, uno de ellos fué el Concordato de Roma: los razonamientos de Bonaparte en asuntos de religion, tan criticados por M. Thiers, no eran lógicos ni admisibles, y prueban, que por mucho que fuese la penetracion de aquel y su fuerza de reflexion, no habia estudiado la Biblia ni tenia costumbre de raciocinar en cuestiones de evidencia moral. Familiarizado con la ciencia de las matemáticas, queria encontrar en todo una demostracion, sin hacer aprecio alguno de la metafísica, y he aquí porqué eran tan estraños sus razonamientos, principalmente los que hizo para justificar el Concordato. Alegaba entre otras cosas, que todas las religiones debian ser verdaderas por lo mismo que se contradecian, y en su concepto, era conveniente tolerarlas todas, pero queria que tuviera cierto ascendiente la de Roma porque la profesaban los franceses. Con tan absurdas nociones, nada de estraño tenia que el Primer Cónsul incurriese en frecuentes errores.

La carrera de Napoleon hasta la época en que se firmó la paz de Amiens, fué por demas brillante, y todas sus empresas se vieron coronadas del mejor éxito; aquel tratado fué una benéfica tregua y se procedió de buena fé, pues las primeras consecuencias se deducian fácilmente, pero nadie pudo preveer los grandes acontecimientos que debian agitar mas tarde á toda Europa.

Durante el intérvalo que precedió á la celebracion del tratado de Amiens, el Primer Cónsul se mostraba indeciso acerca de la política que seria mejor observar con Rusia, pero á consecuencia de la muerte de Pablo I, á quien sucedió Alejandro I, entibiáronse algun tanto las amistosas relaciones de Bonaparte con el Gobierno de San Petersburgo. No era probable que por entonces pudieran convenir aquellos dos hombres en ninguna cuestion de política europea, pero la rápida sucesion de los acontecimientos les puso al fin en contacto como aliados y amigos, cuando revestidos con el manto imperial y ejerciendo el poder mas despótico, balancearon el mundo entre sus manos.

Mientras Bonaparte negociaba las condiciones de la paz que se firmó en Amiens, varios asuntos domésticos, algunos de ellos muy difíciles de resolver, ocuparon preferentemente su atencion, sobre todo

el enlace de su nuera Hortensia con su hermano Luis, que se verificó, segun dice Bourrienne, el 7 de Enero de 1802. Como estos distinguidos personages fueron los padres del actual Emperador de Francia, daremos algunos detalles mas sobre el particular en otro capítulo.

Despues de la paz de Amiens, se pudo reconocer hasta la evidencia que el objeto de Bonaparte era empuñar el cetro imperial, pues en lo que podia llamarse la corte del primer Cónsul, se adoptaban todas las formas de la monarquia. Durante 1802, Napoleon desarrolló muchos planes que fueron beneficiosos para Francia; comenzó á regir su célebre código, completado despues de árduos trabajos; estableciose un sistema de educacion adoptado á las costumbres é ideas del pueblo francés, y se proyectaron grandes obras públicas, muchas de las cuales se llevaron á cabo rápidamente.

El Primer Cónsul, que aborrecia á la democracia, lo dió á conocer entonces mas que nunca; inspirábale una verdadera aversion la libertad civil y religiosa, pero esto no lo comprendieron todos los que entonces le trataban, y es muy de notar, que al paso que despreciaba al pueblo francés, hacia estremos para lisongearle y alhagar su amor propio, como lo prueba el hecho de haber creado la institucion de la Legion de Honor. Esto indica hasta cierto punto cuales eran los verdaderos sentimientos y opiniones del Cónsul, y en aquella época precisamente fué cuando los verdaderos republicanos comenzaron á disgustarse contra la familia Bonaparte, declarándose en abierta oposicion. El caracter general de las circunstancias que concurrieron á la institucion de la citada órden, demostraba que los miembros de la familia reinante, en particular su gefe, eran implacables enemigos, no solo del republicanismo sino de todo Gobierno constitucional.

El dia 2 de Enero de 1802, el primer Cónsul fué nombrado presidente de la República Cisalpina, é inútil parece decir que mediaron las intrigas y las influencias para que se le confiriese semejante honor. Debe reconocerse, sin embargo, que el hecho de haber nacido en Córcega y de poseer perfectamente el idioma del pais, asi como tambien su aparente deseo de proteger la libertad en Italia, contribuyeron á que muchos patriotas favoreciesen la nueva constitucion que se les ofrecia, pero no se tuvo en cuenta que Napoleon era capaz

de sacrificarlo todo para sentarse en un trono. La historia no nos presenta muchos paralelos de una ambicion tan desmedida: Napoleon III ha tratado hasta ahora á Francia del mismo modo que su gran predecesor; ha jugado con ella burlándose de sus libertades, y siendo asi, ¿cómo podia esperarse que fuera mas celoso por las de los italianos? Napoleon I les aseguró al principio su independencia y despues se hizo dueño de ellos, pero de un modo tan semejante al de que se ha valido el actual Emperador, que es imposible no reconocer la exactitud del paralelo.

En 1802 propuso el Senado que Napoleon continuase en el cargo de Primer Cónsul por otro periodo de diez años, pero aquel no aceptó sino con la condicion de ser elegido por el sufragio del pueblo, y habiéndose hecho los preparativos para proceder á las votaciones, los Cónsules segundo y tercero presentaron entonces la cuestion de si deberia ser perpétuo el cargo. El pueblo contestó afirmativamente; todos estaban en favor del hombre que habia conquistado tanta gloria para las armas francesas, y por otra parte, el Concordato facilitó el camino, pues el clero apoyaba al primer Cónsul porque sabia que en cambio podia contar con su proteccion siempre y cuando que no se opusiese á sus ambiciosos proyectos. Por lo que hace al Papado, Napoleon consideraba al Pontífice como un instrumento necesario para tener á raya á la democracia, y á quien se debia conservar en su puesto á todo trance; tan arraigada estaba en su ánimo esta idea, que aun hallandose en Santa Elena se le oyó decir, *que si no hubiese habido Papa, lo habria buscado él por creerlo indispensable para conservar el órden en Europa y llevar á cabo sus designios.*

El segundo paso que dió el Cónsul hácia el imperio, consistió en arrogarse el derecho de nombrar sucesor cuando él muriese; sus amigos del Senado espidieron un decreto en este sentido, sin contar con el sufragio popular, é inmediatamente se espidió una órden disponiendo que se omitiesen en todos los documentos públicos las palabras *Libertad, Igualdad y Soberania del pueblo.*

La misma Iglesia favoreció este cambio: la doctrina que encerraban esas tres palabras, que habian influido tan poderosamente en el ánimo de los franceses, no podia menos de ser odiosa para un clero que

gobernaba en asuntos eclesiásticos con una autoridad absoluta, y que era opuesto á toda idea de igualdad. Asi pues, la nueva medida encontró un firme apoyo, y es seguro que no todos comprendieron cual podia ser su trascendencia.

El decreto del Senado, confiriendo las nuevas atribuciones á Napoleon, llevaba la fecha del 2 de Agosto de 1802, solo once semanas y dos dias despues de habersele elegido primer Cónsul perpétuo.

En cuanto al pueblo, no le causaron alegria ni satisfaccion aquellos cambios; parecia considerarlos en cierto modo como una necesidad, atendido que el clero, mucho mas numeroso entonces que algunos años antes, los favorecia abiertamente, y en una palabra, Bonaparte era aceptado como indispensable, pero ya no escitaba el mismo entusiasmo que cuando alcanzó sus brillantes victorias en Italia, ó cuando rodeado de la gloriosa pompa imperial, conquistó despues nuevos laureles.

Despues de la paz de Amiens, Bonaparte halló medio para atentar contra la libertad de casi todas las naciones cercanas á Francia, y resentida Inglaterra, censuró por medio de su prensa pública los ambiciosos proyectos del *usurpador*, segun le llamaban siempre los ingleses. Cuando aun estaba en paz con estos, Napoleon habia comisionado á varios oficiales de ingenieros para que fueran á examinar los puertos y arsenales de Inglaterra, pero el Gobierno, que tuvo conocimiento del hecho, obligó á los agentes á volver á su pais, y desde entonces se suscitó una marcada animosidad entre ambos Estados. A todas las observaciones del gabinete inglés, contestaba Bonaparte con un lenguaje provocativo; la prensa oficial de Francia abusó de la paciencia de sus vecinos, y cuando los ministros pidieron esplicaciones, se contestó que la escesiva licencia de los diarios ingleses daba lugar á todas aquellas enojosas cuestiones. El gobierno Británico replicó que en su pais habia libertad de imprenta, y que en último caso se podria apelar á las leyes, porque la justicia era igual para todos, siendo el resultado de esta polémica citar ante los tribunales al editor de un diario que publicaba en Londres un realista francés espatriado. El defensor de la causa, Mr. Mackintosh, escribió una terrible filípica contra el primer Cónsul, lo cual no impidió que perdiera el pleito, de

modo que Bonaparte obtuvo una satisfaccion completa, pero el *Moniteur* continuó con sus ataques al gobierno inglés, y en este punto fueron inútiles las reclamaciones. Desde entonces comenzó á reinar una marcada hostilidad entre ambos paises, cuyo mútuo encono no podian ocultar; y ahora, si comparamos estos hechos con otros ocurridos en nuestra época, veremos que el paralelo no puede ser mas notable.

En nuestro concepto, ni los ataques de la prensa ni los del Parlamento exasperaron tanto á Bonaparte como uno de los elocuentes discursos de Sheridan, en el que decia entre otras cosas: «La completa destruccion de este pais es el sueño dorado del Cónsul frances, y seguramente, esto es lo que pide siempre en sus oraciones, *cualquiera que sea la deidad á quien las dirija, bien á Júpiter ó á Mahoma, al dios de las Batallas ó á la diosa de la Razon.* Mirar el mapa de Europa y no ver mas que Francia, es lo que anhela Bonaparte en su desmedida ambicion.» Tales eran las condiciones del fundador del imperio francés cuando la paz de Amiens puso fin por algun tiempo á los desastres de la guerra.

BIBLIOTECA DE NUEVO LEON, MONTERREY